



Víctor Bretón y Francisco García, editores

**Estado, etnicidad y movimientos  
sociales en América Latina**  
**Ecuador en Crisis**

Icaria, Barcelona, 2003

No es fácil comentar un libro escrito por varios autores y que aborda temáticas diferentes desde disciplinas diversas. No lo es, sobre todo, porque cada artículo y cada temática podrían tratarse de modo independiente y merecerían una reflexión propia. Por eso, en este comentario me limitaré a subrayar los debates que plantean el conjunto de artículos del libro en las tres temáticas que aborda: Estado, etnicidad y movimientos sociales. Si bien el título del libro se refiere a América Latina, casi todas las contribuciones, con excepción de una, se concentran principalmente en la crisis del Ecuador.

Una perspectiva clave de análisis del sistema político ecuatoriano que se plantea en el libro viene de su configuración regional. Se propone entender el sistema político ecuatoriano como un “sistema regionalizado”, que se articula a partir de una búsqueda incesante de equilibrios entre las dos regiones que lo configuran. El mérito de la propuesta consiste en asumirlo como un sistema, es decir, con una lógica y unas reglas de funcionamiento derivadas precisamente de la interacción de

cada una de las regiones con el Estado y entre sí. Subyace una lógica subterránea en el juego de la política ecuatoriana que sólo puede ser descifrada como una relación de conflicto y negociación permanente entre las regiones. La propuesta sugiere varias entradas de análisis para entender cómo se fue configurando históricamente el sistema desde comienzos del siglo XX; cómo ha logrado sostener sus equilibrios en las últimas décadas, y por qué se encuentra actualmente en crisis. El Estado ecuatoriano resultaría una ficción si no se lo entendiera desde las relaciones de tensión, conflicto y negociación entre Costa y Sierra; esto es, entre estructuras sociales con su propia trayectoria histórica, identidad colectiva y grupos de poder obligados a coexistir en el marco de un Estado.

La perspectiva de análisis que se propone del sistema político ofrece una clave para entender la actual crisis del Ecuador como una desarticulación del sistema de equilibrios regionales. El desequilibrio se presenta como una consecuencia del debilitamiento del Estado a lo largo de la década de los años 90. Con la creciente fragilidad del Estado, se ha ido desvaneciendo lo nacional como juego de transacciones constantes entre las regiones. Lo que hoy enfrenta el Ecuador es claramente una crisis de “integración nacional”. Sus signos más evidentes son el déficit de gobernabilidad del espacio nacional, y el desplazamiento de la política hacia lo local. En ausencia de un espacio de mediación, las identidades regionales se han replegado sobre su propio territorio, sin encontrar la posibilidad de proyectarse más allá de sus confines. Aún más, el mismo espacio regional parece descomponerse en pequeños ámbitos locales. Este proceso explicaría la percepción de extrema fragmentación política que se tiene hoy del Ecuador.

La crisis del Estado no puede ser entendida fuera del largo e interminable proceso de ajuste económico vivido por el país en las últimas dos décadas. Lo más impresionante del cambio del modelo desarrollista hacia uno neoliberal es el rotundo fracaso del proceso, en términos de los indicadores del desarrollo económico. Las cifras son desastrosas desde todo punto de vista: pobreza, desempleo,

---

concentración de la riqueza, caída de la inversión pública, endeudamiento, salud, educación, crecimiento económico, ingresos per cápita. Por donde se mire, abruma e impacta la dimensión del fracaso. En América Latina se habló de la década de los 80 como de la “década perdida”, pero en el caso del Ecuador cabe hablar de los años 90 como una “segunda década perdida”. La pregunta inevitable que surge del libro apunta hacia la capacidad política de la mayoría de la población afectada por el modelo: ¿cómo fue posible que permitiera la consolidación de una política económica que ha provocado un desastre social? La posible respuesta apunta al corazón de la cultura política y de las representaciones dominantes que organizan las relaciones de pobreza y desigualdad en el Ecuador.

Lo que se acaba de señalar resulta, ciertamente, una paradoja en un país que ha visto en la última década la emergencia del movimiento indígena, fenómeno colectivo extraordinario por su significación política, cultural e histórica. Sobre este tema, el libro abre, sin duda, una serie de perspectivas para entenderlo no solo en conexión con el redescubrimiento y despliegue de lo étnico, como ha sido el enfoque desde ciertas tendencias culturalistas de la identidad, sino desde la enorme problemática de la sociedad rural andina. Los artículos que abordan la realidad del campo ofrecen visiones frescas, bien documentadas, de la complejidad de sus problemáticas actuales. Cabe mencionar, entre todas ellas, las siguientes: el fracaso de tres décadas de desarrollo, la imposibilidad de dar sostenibilidad a los proyectos emprendidos, la enorme diversidad social del mundo rural, y la crisis de las comunidades. La sociedad rural tiene hoy un perfil muy distinto al que dejaron los estudios agrarios de los años 80, concentrados la mayoría de ellos en el impacto de la reforma agraria sobre la estructura hacendaria.

Algunas ideas fuertes que lanza el libro al debate son la de no identificar más la problemática de lo rural solo con lo agrario; tampoco creer que todos los campesinos pobres tienen idénticas alternativas para remontar su situación; y olvidarse de las rígidas fronteras entre el campo y la ciudad. El libro critica al-

gunos de los mitos que se han levantado en los últimos tiempos para sacar a los campesinos de la pobreza, como aquel del capital social, tan difundido por el Banco Mundial. Se ha creído que el capital social es una extensión de la organización campesina, pero los estudios muestran las precariedades de esas organizaciones si se las considera desde la familia, la comunidad y las relaciones intercomunales, limitadas y desestructuradas por la imposibilidad de acceder a nuevas tierras. Hoy las familias campesinas cultivan la tierra solo como una más de las múltiples actividades que deben desplegar para sobrevivir.

Igualmente revelador para entender al mundo rural resultan los estudios que lo analizan desde los intereses y las acciones de las ONGs. Estas organizaciones se han multiplicado de manera simultánea al colapso del Estado desarrollista. Las ONGs han puesto especial interés en trabajar donde se ubican los indígenas, seguramente para acceder a recursos, sin atender de modo equilibrado a todas las zonas de pobreza rural. Su característica es la dispersión de enfoques, la disputa de clientelas y la imagen dislocada del desarrollo que proyectan. Pero, sobre todo, salta a la vista de modo claro la conexión entre la multiplicación de las ONGs, el afianzamiento de las políticas neoliberales y la emergencia de lo étnico como estrategia de identidad política entre los grupos indígenas. La gran pregunta que se plantea desde el libro es si el surgimiento de lo étnico puede estar asociado más a la intervención de agentes externos en el mundo indígena, que a procesos internos propios de las comunidades. La hipótesis debería levantar, por sí misma, una gran polvareda.

Lo que sí resulta evidente de los trabajos que abordan este tema, es que la formación de la identidad a partir de lo étnico aparece como un recurso de movilización política justamente cuando entra en crisis el proyecto desarrollista; dicho de otro modo, cuando el discurso campesino, clasista, no encuentra eco e interlocución en el Estado, la construcción de identidad política se desplaza hacia lo étnico; busca en lo étnico un sustituto, un nuevo elemento discursivo para legitimar las demandas frente al Estado. Lo que el Ecuador habría vi-

vido desde los años 80, con la crisis del modelo desarrollista, es el fin de un pacto entre los campesinos y el Estado –aquel que dio paso a las reformas agrarias de los 60 y 70. El nuevo contexto obliga a los pobres rurales a desplegar una nueva estrategia de lucha política.

Siempre me ha resultado poco persuasiva la idea de lo étnico como un mero recurso estratégico de movilización política. Aún cuando la identidad pueda funcionar, efectivamente, como un recurso de movilización, subyace la idea de que en lo étnico los indígenas encuentran la posibilidad de reconstituir sus vidas individuales y colectivas, así como sus relaciones históricas con el Estado y la sociedad nacional. Desde esta perspectiva, lo étnico no sólo es un atajo para salir de la pobreza, sino un mecanismo para descomponer ciertas relaciones de dominación que han sometido a los indios; esto quiere decir que sólo a través de la reconstitución del campo donde se construyen las relaciones étnicas como relaciones de desigualdad e inferioridad racial, es posible salir de la pobreza. Al conectarse el tema de la pobreza con lo étnico aparece la dimensión cultural como un lugar de dominación; la cultura se presenta como un campo donde se legitima la dominación y la pobreza de los indígenas. La identidad étnica puede ser un recurso estratégico para volver a plantear el tema del desarrollo y la pobreza, pero al activarse pone en juego las relaciones de poder en el campo cultural de la nación. Detrás de la reivindicación de lo étnico saltan complejas problemáticas sobre la construcción de la identidad y la comunidad política nacional, con sus líneas de exclusión. Y, sobre todo, salta ese conjunto de representaciones que han condenado lo indio a la marginalidad, a la inferioridad.

No se puede entender la dinámica de conflicto abierta por el movimiento indígena fuera de ese discurso de la diferencia identitaria, en tanto crítica a una concepción homogenizante de la identidad nacional. También esta perspectiva de análisis se aborda desde algunos artículos del libro. La identidad homogénea se sostuvo mientras pudo dominar la diferencia, inferiorizándola; el ideal de una sociedad homogénea hizo de la diferencia un elemento de subordinación. Tan potente ha

sido el despliegue de la noción de diferencia en las movilizaciones y en el discurso de los indígenas, que las elites no logran explicarse cómo un grupo minoritario tiene tanta fuerza para sacudir el escenario nacional. Las pistas surgen desde algunas exploraciones del libro: ha sido posible porque los indígenas han estado en el centro y en la periferia de la construcción de la identidad nacional; lo indio ha sido ese “exterior constitutivo” de la identidad nacional. No es un problema de minorías y mayorías, sino de la centralidad que ocupa una determinada población en la definición de la identidad nacional.

Por último, quisiera solamente subrayar y alentar nuevas investigaciones y estudios sobre las elites ecuatorianas, tal como se propone en una de las líneas de reflexión del libro. No hemos estudiado a los grupos dominantes en el Ecuador. Los intereses académicos han puesto la mira en los sectores pobres, excluidos. No se trata de una práctica que puede encontrar justificaciones en argumentos políticos. Me atrevo más bien a pensar que va unido a un cierto paternalismo de la cultura política ecuatoriana hacia los pobres y desvalidos, de la cual se han hecho eco los científicos sociales. Sólo estudios más sistemáticos de los grupos dominantes, de las elites económicas, sociales y culturales, de sus estilos de vida, de sus hábitos de consumo y de sus discursos legitimadores, pueden llenar el desconocimiento producido por las mismas ciencias sociales. Y no hablamos del desconocimiento de una faceta más de la sociedad ecuatoriana dentro de un repertorio plural y complejo. Hablamos de la faceta, de la voz, de la identidad de aquellos grupos que tienen la capacidad para producir buena parte de los imaginarios que dominan la conciencia nacional, sus sentidos; hablamos de aquellos sectores que se imponen en las luchas dentro del campo de la representación.

En definitiva, un libro importante, que resume buena parte de la problemática del Ecuador en los años 90, y que lanza algunas entradas sugerentes y desafiantes para entenderla mejor.

*Felipe Burbano*